

ELECCIONES EN COLOMBIA

Un nuevo reto para la paz



COLOMBIA está viviendo uno de los momentos más importantes de su historia reciente. Después de más de 50 años de una guerra interna que ha dejado alrededor de ocho millones de víctimas, el gobierno, encabezado por su actual presidente, Juan Manuel Santos Calderón, firma los acuerdos de paz con el grupo armado más antiguo de América Latina, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo, FARC-EP.

El camino recorrido hasta llegar a la firma de los acuerdos de paz no fue nada fácil. Las partes implicadas tuvieron que esforzarse para definir la agenda, generar las condiciones de posibilidad para un diálogo con garantías y, sobre todo, minimizar al máximo el clima de sospecha que los fallidos intentos anteriores hacían sobrevolar sobre la mesa de negociación. Superadas las dificultades; se firmaron los acuerdos y se ratificaron,

no sin polémica, por el Congreso de la República.

No obstante, los que creen que el camino para la paz está allanado en Colombia se equivocan. Lo más difícil del camino está por recorrer: la implementación de los acuerdos a través de los instrumentos legales y económicos que el mismo texto prevé.

El primer gran escollo por superar es la influencia que puede tener sobre la implementación de los acuerdos la proximidad de las elecciones presidenciales de 2018. Esto no es nuevo para los colombianos. En el pasado reciente, por lo menos en dos ocasiones el conflicto armado ha sido determinante a la hora de decantarse la balanza del electorado. En 2002, ante el fracaso de los diálogos del Caguán impulsados por el entonces presidente Andrés Pastrana Arango, hizo que el electorado se inclinara por las medidas de «mano firme» del

candidato Álvaro Uribe Vélez que prometía acabar con las FARC-EP. Ocho años después, el coste social y político del programa de «seguridad democrática» y la constatación de que, a pesar de disminuir notablemente el poder de intervención de la guerrilla, el conflicto armado no terminaba, el electorado se decanta por experimentar la propuesta de diálogo y negociación impulsada por el actual presidente Santos.

LA PAZ EN EL PROGRAMA ELECTORAL

La contienda electoral de 2018 también estará marcada por el sueño de la paz. Con un proceso en fase de implementación y con no pocas objeciones de la ciudadanía en general y de algunos partidos de la oposición en particular, las políticas de paz tendrán que aparecer, sí o sí, en el programa de quienes aspiran a ocupar el más alto cargo del Estado.

Los defensores del actual proceso propondrán a una persona que conjugue la habilidad de negociación y la firmeza necesarias para blindar los actuales acuerdos y no desandar el largo camino recorrido hasta hoy. La principal tarea que tendrá el equipo del candidato de esta propuesta será eliminar la sospecha que tienen muchos ciudadanos sobre la impunidad y la entrega del Estado a quienes, hasta ayer, cometieron crímenes de lesa humanidad, frenaron el desarrollo económico del país y tuvieron en jaque a la nación más de 50 años.

Los detractores de los acuerdos de paz, por su parte, propondrán una persona que devuelva la confianza en las instituciones de Estado a las personas que acusan al actual gobierno de hacer demasiadas concesiones a la guerrilla e incluso de entregarles la nación. No sería extraño encontrar en su programa electoral una propuesta de ley que cancele todos los decretos que reglamentan la implementación de los acuerdos de paz para crear un nuevo marco jurídico que contemple el castigo ejemplar a las personas que durante tantos años han estado al margen de la ley.

Entre las dos propuestas, que son las que mantienen el pulso político en Colombia y están generando uno de los momentos de mayor polarización de la sociedad, hay una tercera vía que, con todo respeto, me atrevo a insinuar: ¡la opción Colombia!

La opción Colombia pasa por la sensatez, la humildad y una mirada que trascienda los pasillos de la Casa de Nariño (residencia del presidente de la República) y planee por los valles y las montañas, los mares y los ríos, los pueblos y las ciudades del país. Hoy es importante renovar la mirada con los nombres y las historias de quienes han sufrido el fragor de la guerra y, desde esa mirada al país, superar los intereses personales y partidistas. Las heridas de tantos compatriotas reclaman generosidad y altura de miras en los actores políticos.



Con la firma de los acuerdos de paz en 2016 revive el sueño de la paz en Colombia.

La opción Colombia pide a gritos que no se echen por tierra los brotes verdes que ha generado el proceso de paz. Pide a gritos no volver a los años de la confrontación y la descalificación sin cuartel que sembró de víctimas la geografía nacional. Pide a gritos que se silencien todas las armas, las que lanzan balas y las que, desde la beligerancia de la confrontación dialéctica, construyen muros que separan a los hermanos. Pide a gritos que los políticos piensen en el país desde la sensatez y la cordura, los detractores de los acuerdos han de reconocer la bondad que hay en ellos y sus defensores a ultranza, los puntos a mejorar.

El camino de la justicia transicional, desde mi punto de vista, es el más adecuado: verdad, justicia, reparación y garantía de no repetición son un seguro para la ansiada reconciliación. Reconozco que hay varios elementos por afinar o matizar, pero, en este momento crucial, una enmienda a la totalidad implicaría un retroceso tan grande que a las futuras generaciones les costaría perdonar.

PONER FIN A LAS CAUSAS ESTRUCTURALES DEL CONFLICTO

En la agenda de la opción Colombia, además de generar un clima favorable para la paz y la reconciliación, no

puede faltar un capítulo extenso en el que se desarrollen las estrategias para acabar definitivamente las causas estructurales del conflicto colombiano, entre las que se pueden señalar las siguientes:

La injusticia social que, como bien señalaba Don Hélder Cámara, está a la base de la espiral de la violencia (le siguen la violencia subversiva y la represiva). Un pueblo que ve cómo la riqueza de su país queda en manos de unos pocos, mientras que una gran mayoría queda al margen de los bienes de servicio, de consumo y de todos aquellos que las sociedades modernas llaman sociedad de bienestar, no puede menos que alzar su voz y reclamar la justa distribución de la riqueza. Colombia es un país muy rico, sin embargo, hay que reconocerlo con tristeza, uno de los más inequitativos de la geografía latinoamericana, como lo indica la estadística de inequidad del Banco Mundial. Según los indicadores de Gini, Colombia ocupa el puesto 11 a nivel mundial y, de los países de América Latina, solo es superado por Haití y Honduras.

Una fiscalidad eficaz, honesta, progresiva y con criterios de justicia social sería de gran ayuda a la hora de reconstruir el país tras tantos años de guerra.

El papa Francisco, en el encuentro con las autoridades, el cuerpo diplomá-



tico y algunos representantes de la sociedad civil, llevado a cabo en la Plaza de armas de la Casa de Nariño en su reciente visita a Colombia, decía: «El lema de este país dice: “Libertad y Orden”. En estas dos palabras se encierra toda una enseñanza. Los ciudadanos deben ser valorados en su libertad y protegidos por un orden estable. No es la ley del más fuerte, sino la fuerza de la ley, la que es aprobada por todos, quien rige la convivencia pacífica. Se necesitan leyes justas que puedan garantizar esa armonía y ayudar a superar los conflictos que han desgarrado esta nación por décadas; leyes que no nacen de la exigencia pragmática de ordenar la sociedad sino del deseo de resolver las causas estructurales de la pobreza que generan exclusión y

La politización de la justicia. Los estados modernos defienden con vehemencia la independencia de los poderes públicos: legislativo, ejecutivo y judicial. En Colombia es urgente recobrar esa independencia para garantizar la justicia y la transparencia en los procesos judiciales que afectan a los actores del conflicto. No es muy ético que quienes administran justicia o vigilan la transparencia del Estado tengan su libertad empeñada.

EL PAPEL DE LOS DISCÍPULOS DE JESÚS

Ser cristianos no nos exime de nuestro deber ciudadano, al contrario, siguiendo la invitación de Jesús, hemos de ser levadura, luz y palabra que animen la construcción de una

tianos de Colombia pueden y deben ayudar a bajar el clima de confrontación dialéctica que descalifica y señala sin ofrecer oportunidad de defensa al reo. Los cristianos, como Jesús, deben ayudar a promover un clima sincero de perdón para que Colombia, como el Ave Fénix, renazca de las cenizas... ¡Se lo merece!

Termino estas páginas recogiendo de nuevo palabras del papa Francisco durante su reciente visita a Colombia: «Los pasos dados hacen crecer la esperanza, en la convicción de que la búsqueda de la paz es un trabajo siempre abierto, una tarea que no da tregua y que exige el compromiso de todos. Trabajo que nos pide no decaer en el esfuerzo por construir la unidad de la nación y, a pesar de los obstáculos, diferencias y distintos enfoques sobre la manera de lograr la convivencia pacífica, persistir en la lucha para favorecer la cultura del encuentro, que exige colocar en el centro de toda acción política, social y económica, a la persona humana, su altísima dignidad, y el respeto por el bien común. Que este esfuerzo nos haga huir de toda tentación de venganza y búsqueda de intereses sólo particulares y a corto plazo. Oíamos recién cantar: “Andar el

camino lleva su tiempo”. Es a largo plazo. Cuanto más difícil es el camino que conduce a la paz y al entendimiento, más empeño hemos de poner en reconocer al otro, en sanar las heridas y construir puentes, en estrechar lazos y ayudarnos mutuamente (cf. Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 67)».

¿Será que este año los colombianos, los de aquí y los de allá, al entonar el himno nacional en verdad podamos cantar «cesó la horrible noche»? ¡Ojalá!

JAVIER CASTILLO, SJ



Francisco con el presidente Santos durante su última visita a una Colombia que sueña con la paz.



violencia. Solo así se sana de una enfermedad que vuelve frágil e indigna a la sociedad y siempre la deja a las puertas de nuevas crisis. “No olvidemos que la inequidad es la raíz de los males sociales” (cf. Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 202)».

La corrupción, que ha salpicado a los últimos gobiernos, extiende un manto de desconfianza y convierte en «valor» la trampa, el delito y la impunidad. Para consolidar la paz es muy importante sanear la política para que esta vuelva a ser el arte de los posibles y no la escalera para alcanzar el propio beneficio.

nueva ciudad donde la dignidad de todos los seres humanos esté garantizada y protegida.

La nueva ciudad, como la sueña Dios, es una ciudad sin muros que dividan a los hermanos y una ciudad reconciliada y capaz de generar vida aún en medio de las condiciones más adversas y complejas. Los cristianos de Colombia no pueden ser cómplices silenciosos del derrumbe del país, deben asumir con energía la llamada a ser puentes de reconciliación, profetas de la justicia y generadores de encuentro y diálogos constructivos entre las partes enfrentadas. Los cris-

Lo que el
**BLACK
FRIDAY**
esconde



Descubre la relación entre el Black Friday y la violencia contra las mujeres.
25 de noviembre. Día Internacional contra la Violencia hacia las mujeres.



ONGD promovida por los Jesuitas

944 151 135

blackfriday.alboan.org

alboan@alboan.org

